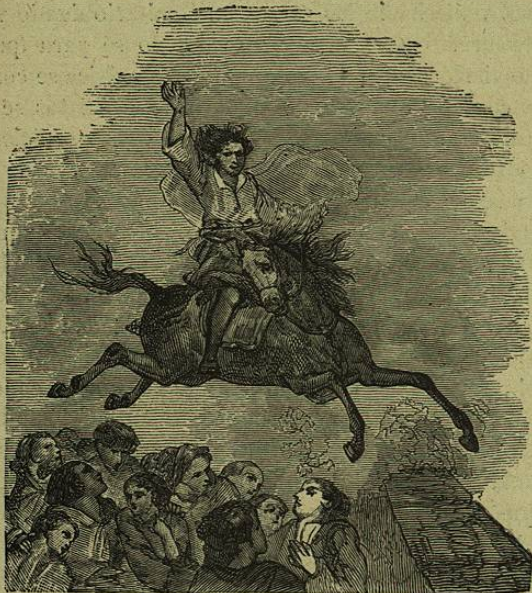


desvariaba irrisorio, y quién risueño en apariencia, estaba como quien asiste á una diversion ; pero la especie más extraña y ruidosa de aquella triste algazara era un cantar alto y continuado que, aunque parecía partir del bullicioso concurso, sobresalía, sin embargo, de todas las demas voces, una cancion popular de amor festivo y jocoso de las llamadas



Era un frenético que, viendo aquel animal suelto.

pastorelas. Y siguiendo al sonido para saber quien en tanta afliccion podia estar alegre, se veia á un infeliz, que sentado tranquilamente en el foso que lame la cerca del Lazareto, cantaba á voz en grito mirando hácia arriba.

Apénas habia dado Lorenzo algunos pasos por el lado meridional del edificio, cuando se levantó una gritería extraordinaria con las voces lejanas de : » Cuidado ; tenedle, tenedle

le. » Pónese Lorenzo de puntillas, atisba adelante y ve venir á escape un mal rocin, montado por un jinete de peor traza. Era un frenético que, viendo aquel animal suelto cerca de un carro, sin que nadie le guardase, le montó arrebatadamente en pelo, y golpeándole el cuello á puñetazos, y los ijares con los talones, le arreaba con furia. Seguíanle algunos monatos dándole voces, y oscurecía el cielo el polvo que levantaba.

De esta manera aturdido Lorenzo y cansado ya de ver tantas lástimas, llegó á aquel recinto, en donde eran quizá en mayor número las que habia reunidas, que cuantas encontró diseminadas en todo el espacio que tuvo que andar. Asomóse á la puerta, se metió debajo del pórtico, y quedó allí algunos instantes inmóvil.

CAPÍTULO XXXV

Figúrese el lector en el Lazareto, la reunion de diez y seis mil apestados; toda su área ocupada, aquí con cabañas, allí con tinglados, en una parte con carros, en otra con gente : sus dos crujías de portales á derecha é izquierda cubiertas de enfermos, moribundos y cadáveres, sobre colchones ; paja ó el suelo desnudo ; en ambos tramos un bullir, un movimiento á manera de marea, y en el centro un ir y venir, un pararse, un correr, un bajarse, un levantarse de convalecientes, frenéticos y sirvientes. Este fué el cuadro que se presentó á la vista de Lorenzo, y le tuvo allí perplejo, asombrado y compungido. No nos proponemos describirlo por partes, ni tampoco lo agradecerian nuestros lectores : sólo siguiendo á nuestro serano en su penoso reconocimiento, nos pararemos cuando él se pare, y de lo que le tocó ver, diremos lo necesario para referir exactamente lo que hizo y las aventuras que le sucedieron.

Desde la puerta en donde se habia parado hasta la capilla

del medio, y desde allí á la otra puerta de enfrente, habia como una calle sin cabañas ni otro impedimento estable. Al dirigir la vista á aquella parte, notó que mucha gente andaba afanada en apartar carros y desembarazar el sitio, dirigiendo la operacion dependientes y capuchinos, los cuales echaban de allí á todos los que nada tenian que hacer en aquel punto. Y temiendo que á él tambien del mismo modo le echasen fuera, se metió en derechura entre las cabañas por el lado á que casualmente estaba vuelto, que era la derecha.

Iba marchando adelante, segun le permitia poner el pié el espacio de cabaña y cabaña, metiendo la cabeza en cada una de ellas, echando la vista á todos los rincones, mirando con atencion todos los rostros, tanto los abatidos, macilentos ó contraídos de los enfermos, como los de los muertos, para ver si acaso conseguia dar con aquel que por otra parte temia tanto encontrar. Pero ya habia andado buen trecho y repetido várias veces aquel doloroso exámen, sin haber visto mujer alguna, de donde infirió que estarian en paraje separado. Acertó en esto; pero del sitio no tenia indicio ni podia formar conjetura.

Encontraba de cuando en cuando empleados y dependientes tan diversos en aspecto, modales y traje, cuanto lo era el principio que daba á unos y á otros igual fuerza para ejercer semejantes oficios; principio que en unos era la extincion de todo género de compasion y de sentimientos de humanidad, y en otros una piedad sobrehumana : sin embargo, ni de unos ni de otros se atrevia á tomar lenguas por miedo de encontrar algun nuevo estorbo; de consiguiente, resolvió continuar andando hasta dar con las mujeres. Sin embargo, áun con este propósito no podia ménos de ir ojeando, aunque de tiempo en tiempo tenia que retraer la vista, horrorizado con tantas lástimas; pero ¿adónde volverla? ¿adónde dirigirla, sino á lástimas de igual naturaleza?

Aumentaban su horror el aire y el tiempo mismo, si algo fuera capaz de aumentarlo. Habíase levantado la niebla, reuniéndose en grandes nubarrones que, poniéndose cada vez

más oscuros y compactos, daban al cielo el aspecto de un anochecer tempestuoso; además, en medio de aquel cielo opaco, aparecia como detras de un denso velo el disco del sol, que descolorido esparcia en torno una débil vislumbre; dejándose caer al mismo tiempo un congojoso hocorno. De cuando en cuando, entre un confuso zumbido, se oia por intervalos bramar á lo léjos el trueno, á manera de un carro que corre y de repente se para. No se veia en el campo doblarse una rama, ni un pájaro volar á los árboles, ni salir de ellos : sólo la golondrina presentándose improvisadamente sobre el tejado del edificio, bajaba con las alas tendidas, como para explorar el terreno; pero aterrada á vista de aquel espantoso conjunto de cosas, se remontaba con rapidez y huia. En fin, era uno de aquellos tiempos en que en una cuadrilla de caminantes ninguno hay que rompa el silencio, en que el cazador camina pensativo, mirando al suelo, y la aldeana suspende su canto, sin advertirlo; de aquellos tiempos precursores de tormenta, en que la naturaleza, como inmóvil en lo exterior, é interiormente agitada, parece que oprime á los mortales, añadiendo cierto entorpecimiento á todo trabajo, á la ociosidad y á la misma existencia. Pero con especialidad en aquel sitio, destinado expresamente á los padecimientos y á la muerte, se veia el hombre luchando con el mal ceder á este nuevo género de opresion. Á ojos vistas empeoraban los enfermos á millares : la última lucha era más penosa, y con el aumento de los dolores salian más agudos los gemidos, por manera que quizá en aquel recinto no habia pasado otra hora tan amarga como esta.

Hacia ya bastante tiempo que infructuosamente recorria Lorenzo los tortuosos callejones que formaban las cabañas, cuando entre la variedad de los lamentos y la confusion de aquel murmullo, empezó á distinguir una mezcla de balidos de cabrasyllantos de niños, que al parecer salian de un recinto cercado de tablones.

Acercóse á mirar por una larga rendija, y vió en lo interior diferentes cabañas; y tanto en ellas como en el espacio des-

ocupado, en lugar de la acostumbrada enfermería, niños tendidos sobre sábanas, cobertores ó almohadas, y amas de leche y otras mujeres ocupadas en asistirlos; pero sobre todo llamaban la atención varias cabras que, mezcladas con las mujeres, las ayudaban en aquel ejercicio: en fin, era un hospital para inocentes, cual el tiempo y las circunstancias podían proporcionar. Era de ver cómo algunos de aquellos animales, tendidos y quietos sobre otros tantos niños, les daban de mamar, y otros acudiendo al vagido como por instinto materno, se paraban cerca de la inocente criatura, y procurando acomodarse sobre ella, balaban como pidiendo que alguno acudiese á ayudar á los dos en su intento.

Veíanse sentadas en diferentes partes nodrizas con niños al pecho, y algunas con tales demostraciones de cariño, que no era fácil distinguir si allí las había traído el estipendio, ó aquella espontánea caridad que va en busca de necesidades y penas para socorrerlas ó aliviarlas. Una de ellas, toda afanosa, quitaba de su pecho agotado á una cuitada criatura, é iba á buscar una cabra que hiciese sus veces: otra miraba con complacencia al que se le había quedado dormido sobre el pecho, y besándole suavemente, iba á acostarle á su barragüilla, y otra abandonando el pecho á un niño extraño, no por distracción, sino con ánimo devoto, tenía los ojos levantados al cielo. ¿Y qué otra cosa podrían indicar aquella actitud y tiernas miradas, sino que otro niño nacido de sus entrañas había quizá poco ántes mamado aquel pecho, y tal voz espirado sobre él?

Otras mujeres de más edad y diferentes disposiciones estaban ocupadas en otras faenas. Una acudía á los vagidos de un niño hambriento, lo llevaba adonde había una cabra cerca de un montón de hierba fresca, y se le aproximaba, procurando con la voz y los actos que el inexperto animal se prestase fácilmente al necesario oficio de alimentarlo. Otra corría á sosegar una cabra que desechaba á un inocente, ocupada en dar de mamar al que se había ya aficionado; y otra paseaba el suyo, y meciéndole en sus brazos, ya procuraba

dormirle con arrullos, ya intentaba acallarle con cariñosas palabras, llamándole con un nombre que ella misma le había aplicado. En esto llegó un capuchino con la barba muy blanca, el cual traía en cada brazo á un niño llorando que acababa de retirar del lado de sus difuntas madres. Corrió á recogerlos una mujer, buscando con la vista entre las amas y las cabras las que pudieran servirles de nodrizas.

Preocupado Lorenzo con su asunto, se separó más de una vez de la rendija para marcharse, y luego se volvió otra vez á aplicarla por un momento.

Quitóse por fin de aquel punto, y fué siguiendo el cercado, hasta que un montón de cabañas le obligaron á separarse. Prosiguió entonces caminando al lado de las mismas cabañas, con ánimo de alcanzar otra vez el cercado, y dando la vuelta descubrir nuevo terreno. Mientras miraba adelante para continuar el camino, hirió su vista un objeto pasajero y momentáneo, que excitó en él una alteración extraordinaria. Vió á unos cien pasos de distancia pasar y perderse entre las cabañas un capuchino que, aunque distante y de paso, se parecía en el modo de andar, en el aire y en el porte al padre Cristóbal. Con el afán que es fácil imaginar, corrió hácia aquella parte, dando mil vueltas, buscando por todos lados, y recorriendo todos aquellos callejones, tanto, que volvió á ver con otro tanto gozo aquel mismo fraile con la misma semejanza: le vió algo más de cerca, y que separándose de un gran caldero, iba con una cazuela en la mano hácia una barraca: le vió luego sentarse á la puerta, hacer una señal de cruz sobre la cazuela y ponerse á comer después de haber mirado alrededor, por si alguien con urgencia le buscaba. Efectivamente, era el padre Cristóbal.

Su historia desde que le perdimos de vista hasta este encuentro, la refereremos en dos palabras. No se había movido de Rimini, ni pensado en moverse, hasta que declarada la peste en Milan, le ofreció la ocasión de sacrificar su vida por el prójimo, que era lo que siempre había deseado. Pidió con grande instancia asistir y servir á los apestados. El tío conde

había muerto, y como por otra parte era mayor la necesidad de enfermeros que de políticos, se le concedió sin dificultad lo que solicitaba. Con esto vino á Milan, y entró inmediatamente en el Lazareto, en donde habia ya tres meses que permanecía.

Pero el placer de encontrar al buen religioso no fué para Lorenzo sin espinas, pues le encontró sumamente acabado, flaco, y con tan pocas fuerzas, que sólo su amor al prójimo podia sostenerle en aquel penoso ejercicio.

Miraba él tambien al jóven que se le acercaba, y que con gestos, no atreviéndose á levantar la voz, procuraba darse á conocer.

— ¡ Ah, padre Cristóbal! — exclamó, estando ya tan cerca que pudiese ser oido sin gritar.

— ¡ Tu por acá! dijo el Capuchino poniendo en el suelo la cazuela y levantándose de su asiento.

— ¿ Cómo está usted, Padre? ¿ cómo está usted? — dijo Lorenzo.

— Mejor que tantos pobres como habrás visto aquí, — contestó el fraile con voz débil, oscura y mudada como todo el resto : sólo los ojos eran tan vivos, y si cabe, algo más que ántes, como si la caridad más ardiente al concluirse la obra, y más gozosa por verse inmediata á su principio le restituyese un fuego más activo y más puro que el que la enfermedad poco á poco apagando. — Pero ¿ tú, — prosiguió, — cómo has venido aquí? ¿ Y por qué vienes de esa manera á arrostrar la peste?

— Ya, gracias á Dios, la he pasado... Vengo á saber de Lucía.

— ¿ Está aquí Lucía?

— Aquí está; ó á lo ménos espero en Dios que está aquí todavía.

— ¿ Y te casaste con ella?

— ¡ Ah! no, padre Cristóbal. ¿ Nada sabe usted de lo que ha pasado?

— No, hijo mio. Desde que Dios me separó de vosotros,

nada he vuelto á saber; pero ahora que el cielo te envía, digo la verdad, deseo mucho saber lo que ha sucedido... Pero ¿ y la requisitoria?

— ¿ Conque ya sabe usted mis desgracias?

— Pero ¿ tú qué hiciste?

— Oiga usted, Padre. Si quisiera decir que tuve juicio aquel dia en Milan, diria una mentira; pero acciones malas, no, señor, ninguna hice.

— Te lo creo, y lo creía ántes.

— Ahora, pues, le podré contar todo.

— Aguarda, dijo el Capuchino.

Y dando algunos pasos fuera de la cabaña, llamó : « ¡ Padre Víctor! » Se presentó entónces un capuchino bastante jóven, al cual fray Cristóbal le dijo :

— Hágame usted la caridad, padre Víctor, de cuidar tambien por mí á esos pobrecillos miéntras estoy recogido; pero si alguno me buscara, llámeme usted, especialmente el que usted sabe; si acaso volviese en sí, avíseme al momento.

El capuchino jóven contestó que así lo haria; y vuelto el viejo adonde estaba Lorenzo :

— Entremos aquí, — le dijo; mas parándose luégo, prosiguió : — Me parece que estás muy decaído : debes precisamente tener necesidad de comer.

— Sí, señor, — contestó Lorenzo. — Ahora que me hace usted pensar en ello, me acuerdo que todavía no me he desayunado.

— Aguárdate aquí, — dijo el fraile.

Y tomando otra cazuela, fué á llenarla al caldero : vuelto al momento, se la presentó con una cuchara : le hizo sentar sobre un gran saco, que le servia de cama, y llegando luégo á un barrilito que estaba en un rincon, sacó un vaso de vino, le puso en una mesita cerca de su huésped, tomó de nuevo la cazuela suya, y se sentó al lado de aquél.

— ¡ Oh! padre Cristóbal, sólo usted hace estas cosas : se

ve que usted siempre es el mismo. Yo le doy las gracias de todo corazón.

— No me des las gracias, — contestó el religioso : — este es el caudal de los pobres ; y tú también eres pobre en este momento. Ahora dime lo que no sé ; pero no gastes muchas palabras, porque el tiempo es corto, y hay mucho que hacer, como ves.

Principió Lorenzo, entre cucharada y cucharada, la historia de Lucía : cómo fué recogida en el convento de Monza, cómo robada... Al oír el Padre sus padecimientos y peligros, y al pensar que él había sido el que la había enviado á aquel paraje, se estremeció ; pero cobró aliento al saber cómo fué milagrosamente librada, restituida á su madre, y acomodada en casa de doña Práxedes.

— Ahora le diré mis aventuras, — prosiguió Lorenzo.

Y contó en resúmen la jornada de Milan, la fuga ; cómo siempre estuvo fuera de su casa ; cómo hallándose entonces todo revuelto, se había animado á ir á su pueblo ; cómo allí no había encontrado á Ines, y cómo había sabido que Lucía estaba en el Lazareto.

— Aquí estoy, pues, concluyó ; — aquí estoy, ansioso de hallarla, de saber si vive, y si tiene todavía la misma intención... porque... á veces...

— Pero ¿ cómo ha sido el dirigirte aquí ? — preguntó el Capuchino. — ¿ Tienes algún indicio del paraje donde la han colocado ? ¿ cuándo ha venido ?

— Nada, Padre mio, nada ; — contestó Lorenzo, — sino que aquí está, si es que está, ¡ que Dios lo quiera !

— ¡ Pobrecillo ! ¿ Y hasta ahora qué diligencia has practicado ?

— He dado vueltas y vueltas ; pero hasta ahora no he visto sino hombres. Bien me he figurado que las mujeres estarían en otra parte separada ; pero no he podido encontrarla ; y si es así, ahora podrá usted enseñármela.

— ¿ No sabes tú, hijo mio, que está prohibido que entre allá persona alguna que no tenga algún encargo ?

— ¿ Y qué podrá sucederme ?

— La disposición, amigo mio, es justa y santa ; y si la gravedad y multitud de los males no permite que se pueda hacer observar con todo el rigor, ¿ es esta por ventura una razón para que un hombre de bien la quebrante ?

— Pero, padre Cristóbal, — dijo Lorenzo, — Lucía debía ser mi esposa : usted sabe de qué modo hemos sido separados. Hace veinte meses que padezco, y tengo paciencia. He venido hasta aquí, exponiéndome á mil contingencias á cuál peor, y ahora pues...

— No sé qué decirte, — replicó el religioso, contestando más bien á la intención que á las palabras de Lorenzo. — Tú vas con buen fin ; y ¡ ojalá que todos los que tienen franca la entrada en este sitio se comportasen como estoy seguro que lo harás tú ! Dios, que sin duda bendice esa perseverancia tuya, y tu fidelidad en querer y buscar la que te destinó ; Dios, que es más riguroso que los hombres, pero también más indulgente, no mirará á lo que hay de irregular en ese modo tuyo de buscarla. Acuérdate sólo que de la conducta que observes allí, tendremos que dar cuenta los dos probablemente, no á los hombres, pero á Dios de seguro. Ven acá.

Diciendo esto se levantó, y también Lorenzo, el cual, no dejando de hacerse cargo de sus palabras, había entrado en cuentas consigo mismo, y estaba resuelto á no hablar de aquella promesa de Lucía, como ántes lo había pensado, pues decía allá en su interior : « Si sabe esto, mayores dificultades me va á poner, y de todos modos, ó la encuentro, y siempre habrá tiempo para hablar de ello, ó... y entonces, ¿ de qué sirve ?

Trájolo el Capuchino á la puerta de la cabaña que caía al Norte, y prosiguió :

— Escucha ; nuestro padre Félix, que es el presidente del Lazareto, conduce hoy los pocos que han curado á hacer la cuarentena á otra parte. Ya ves aquella iglesia allí en el medio... — y levantando la mano descarnada y trémula, señaló á la izquierda, entre el aire opaco y cargado, la

cúpula de la capilla que dominaba las miserables barracas, y continuó : — allí se van reuniendo ahora para salir en procesion por la puerta por donde tú has entrado.

— ¡Ah! Sería por eso el estar desembarazando aquel paraje.

— Cierto. ¿ Y tambien habrás oido tocar la campana ?

— Una vez.

— Pues era el segundo toque : al tercero todos deben estar reunidos. El padre Félix les dirá cuatro palabras, y luégo irá con ellos. Á este último toque procurarás estar allí, y colocarte detras de todos, en donde sin estorbar ni llamar la atencion puedas verlos pasar, mirando con cuidado por si estuviere entre ellos. Caso que no quiera Dios que allí la encuentres, aquella parte... (y levantó otra vez la mano, señalando el lado del edificio que tenia al frente) aquella parte y la del campo que hay delante están destinadas para las mujeres. Verás una estacada que separa aquel cuartel del nuestro ; pero como en unos parajes está rota, en otras derribada, no hallarás dificultad en entrar. Luégo dentro, no haciendo cosa que dé motivo á sospechar, nadie probablemente te pondrá estorbo ; mas si por acaso te dijesen algo, contestarás que eres conocido del padre Cristóbal de***, y que él responderá por ti. Allí podrás buscarla con confianza en Dios y resignacion, porque no debes desentenderte de que es mucho lo que has venido á buscar en este sitio. ¡ Buscar una persona viva en el Lazareto ! ¿ Sabes tú cuántas veces he visto renovarse este mi pobre pueblo ? ¿ cuántos he visto llevarse ? ¿ y qué pocos salir ? Véte preparado á hacer un sacrificio...

— Ya, ya lo entiendo, — interrumpió Lorenzo inmutándose, lo entiendo. Iré, miraré, buscaré en todas partes de arriba abajo, en todos los parajes más ocultos del Lazareto, y si no la encuentro !...

— ¿ Si no la encuentras, qué harás ? — preguntó el Capuchino con tono de gravedad y ademan de amonestacion.

Pero Lorenzo, á quien la cólera quitándole ya la razon le hacia olvidar todo respeto, repitió y prosiguió :

— Si no la encuentro, haré por encontrar á algun otro, ó en Milan ó en su infame palacio, ó al cabo del mundo, ó en los infiernos. ¡ Si encontrara á aquel bribon que nos ha separado !... Á no haber sido por él, hace ya más de veinte meses que Lucía fuera mi mujer ; y si nuestra suerte era la de haber muerto, á lo ménos hubiéramos muerto juntos. Sí ; como no se le hayan llevado los demonios, yo le encontraré.

— ¡ Lorenzo ! — dijo el fraile cogiéndole de un brazo, y mirándole todavía con más severidad.

— Y si le encuentro, — dijo el jóven, ciego enteramente de cólera, — si la peste no ha hecho ya el oficio de la justicia... ya no estamos en tiempo en que un cobarde pueda, rodeado de sus satélites, reducir las gentes á la desesperacion, y burlarse de todos. Ya ha llegado el tiempo en que los hombres se encuentren cara á cara... Yo sabré hacerme justicia.

— ¡ Desgraciado ! — exclamó el padre Cristóbal, con voz que habia adquirido toda su antigua energía. — ¡ Desgraciado ! — repitió con la cabeza erguida, que ántes tenia inclinada sobre el pecho, recobrando al mismo tiempo sus mejillas el antiguo color de la juventud, y teniendo no sé qué de terrible el movimiento de sus ojos. — ¡ Mira, infeliz ! — proseguia, al paso que con una mano apretaba y sacudia el brazo de Lorenzo, y señalaba alrededor con la otra la dolorosa escena que le cercaba. — Observa quién es el que castiga, el que aflige y perdona ; pero ¡ tú, gusano de la tierra, quieres ejercer la justicia ! Véte, infeliz, véte. Yo esperaba, sí, lo esperé, que ántes de mi muerte, Dios me hubiera concedido el consuelo de oir que mi pobre Lucía era viva, y quizá el de verla, y oirla prometerme que en sus oraciones no olvidaria el hoyo que ha de recibirme. Véte : tú me has privado de esta lisonjera esperanza. No, Dios no la ha dejado en este mundo para ti, y tú, por cierto, no tendrás la osadía de creerte digno de que Dios te consuele. Á ella la habrá atendido el Señor, porque es de aquellas almas para

quienes están reservados los consuelos eternos. Véte, que ya no tengo tiempo de escucharte.

Diciendo esto, apartó de sí el brazo de Lorenzo, y se dirigió hácia una cabaña de enfermos.

— ¡ Ah, Padre ! — dijo Lorenzo, siguiéndole con demostraciones de súplica ; — ¿ querrá usted echarme de esta manera ?

— ¡ Cómo ! — repuso el Capuchino con voz no ménos severa : — ¿ podrás pretender que yo robe el tiempo á esos desgraciados, los cuales me aguardan para que les hable del perdón de Dios, á fin de oír tus voces de encono y tus proyectos de venganza ? Te escuché cuando me pedías consuelo y direccion ; dejé la caridad en favor de la caridad ; pero ahora, con la venganza en el corazón, ¿ qué quieres de mí ? Véte : he visto morir aquí muchos ofendidos que perdonaron, y muchos ofensores que se afligian por no poder postrarse delante del ofendido : con unos y otros he llorado ; pero ¿ qué he de hacer contigo ?

— ¡ Ah ! ¡ le perdono ! ¡ le perdono de corazón y para siempre ! — exclamó el jóven.

— ¡ Lorenzo ! — dijo con ménos severidad el Capuchino, — acuérdate de que no es esta la primera vez que le has perdonado.

Algun tiempo estuvo sin recibir contestacion, cuando inclinó de pronto la cabeza, y con voz humilde prosiguió :

— ¿ Sabes tú por qué llevo yo este hábito ?

Lorenzo estaba perplejo.

— ¿ Lo sabes tú ? — repuso el anciano.

— Lo sé, — contestó Lorenzo.

— Yo tambien aborrecí : yo, que te he reconvenido por un pensamiento, por una palabra, aborrecí á un hombre de todo corazón, le aborrecí por largo tiempo y le quité la vida.

— Si ; pero un prepotente, — contestó Lorenzo, — uno de aquellos...

— Calla, — interrumpió el religioso. — ¿ Crees tú que si hubiera una buena razon no la hubiera encontrado yo en

treinta años ? ¡ Ah ! ¡ si yo pudiera introducir en tu corazón el afecto que luégo he profesado y profesado al hombre á quien odiaba !... Si pudiera yo... pero, ¿ yo ? Dios es quien lo puede, y ¡ Dios lo haga ! Escucha, Lorenzo : Dios te ama más que tú á ti mismo : tú pudiste pensar en tu venganza, pero él tiene bastante fuerza, bastante misericordia para impedirlo : te hace en esto una gracia. Tú sabes, y muchas veces lo dijiste, que él puede detener la mano de un prepotente ; pero sabe tambien que puede desarmar la de un vengativo. Y porque eres pobre y estás ofendido, ¿ crees tú que Dios no puede defender contra ti á un hombre que creó á su imagen y semejanza ? ¿ Piensas tú que te hubiera dejado hacer lo que quisieras ? No. En fin, como quiera que salgan tus proyectos, cualquiera que sea la fortuna que logres, ten por seguro que todo será para tu castigo, mientras no le perdones de un modo que ya no tengas que decir otra vez : yo le perdono.

— Sí, sí — dijo Lorenzo muy conmovido, — conozco que nunca le perdoné de veras ; conozco que hablé como una bestia, y no como cristiano, y ahora, por la gracia del Señor, le perdono, y le perdono de todo corazón.

— ¿ Y si lo vieras ?

— Pediria al Señor que me diese paciencia, y que á él le tocara el corazón.

— ¿ Te acordarias que el Señor no nos dijo solo, que perdonemos á nuestros enemigos, sino tambien que los amemos ?

— Sí, con su auxilio.

— Ea, pues, ven á verle. Dijiste le encontraré, y le encontrarás. Ven, y verás contra quién podias mantener odio, á quién osabas desear mal y querer hacersele.

Y tomando á Lorenzo de la mano, y estrechándosela como pudiera hacer un jóven, echó á andar. Siguióle Lorenzo sin atreverse á preguntar otra cosa.

Á no mucha distancia se paró el religioso cerca de la entrada de una cabaña, y fijando los ojos en la cara de Lo-

renzo con cierta gravedad acompañada de ternura, le tomó del brazo y le introdujo en ella.

El primer objeto que se divisaba al entrar era un enfermo sentado sobre paja, no sólo fuera de peligro, sino que parecía casi convaleciente, el cual viendo al Padre, meneó la cabeza, como diciendo que no. Bajó fray Cristóbal la suya con señal de tristeza y de resignacion.

Dirigiendo entretanto Lorenzo la vista con inquieta curiosidad á los demas objetos, vió á tres ó cuatro enfermos, y en un lado á uno sobre una cama, envuelto en una sábana, y encima, á manera de colcha, una capa de persona distinguida. Le miró bien, y al conocer que era D. Rodrigo, iba á retroceder; pero el Capuchino, haciéndole sentir bien la mano con que le tenía aferrado, le aproximó á los piés de aquella tarima, y extendida la otra, señalaba con el dedo al hombre postrado en ella. Estaba el infeliz sin movimiento, con los ojos muy abiertos sin ver el rostro descolorido con manchas negras, negros igualmente é hinchados los labios. Su cara hubiera indicado un cadáver, si cierta contraccion violenta no hubiese dado muestras de que una vida tenaz animaba todavía aquel cuerpo. Levantábasele el pecho de cuando en cuando á consecuencia de una penosa respiracion. Con la mano derecha que tenía fuera de la capa se comprimía el costado cerca del corazon, hincando en él los corvos dedos todos amoratados, y negros por la punta.

— ¿Le ves? — dijo el Capuchino con voz baja: — puede ser castigo, puede ser misericordia. El sentimiento que experimentas ahora por ese hombre que tanto te ha ofendido, prá el mismo con que Dios te mire en el tremendo dia. Bendícele, y serás bendecido. Hace cuatro dias que ha entrado aquí como lo ves, sin dar indicio de razon. Quizá el Señor está dispuesto á concederle una hora de arrepentimiento, pero querrá que tú se lo ruegues; quizá querrá que tú con la inocente Lucía intercedas por él; quizá quiere conceder la gracia á tus oraciones, á las oraciones de un corazon afligido y resignado. Quizá depende de ti la salva-

cion de ese hombre, y la tuya; de una muestra sincera de tu perdon, de compasion, y... de amor.

Calló, y juntando las manos, bajó sobre ellas la cabeza, como para rezar: lo mismo hizo Lorenzo. Á poco de estar en aquella postura, se oyó el tercer toque de la campana. Recobraronse ambos, y segun lo acordado, salieron. Ni el



Véte ahora, dijo el fraile.

uno hizo preguntas, ni el otro protestas; sus rostros hablaban.

— Véte ahora, — dijo el fraile, — y véte preparado para cualquier sacrificio, y á alabar al Señor, cualquiera que sea el resultado de tus indagaciones. Sea el que fuere, no dejes de venir á comunicármelo, que juntos lo alabaremos.

Aquí sin decir más se separaron; el uno volvió al sitio de donde habia venido, y el otro se dirigió á la capilla, la cual sólo distaba un tiro de piedra.